

# SEMBRANDO LA MEMORIA

Ha pasado algo más de un cuarto de siglo desde que el 8 de septiembre de 1996 26 mujeres salieran de un portal de la calle Mayor de Hondarribia e intentaran entrar en el alarde. En este cuarto de siglo lleno de lágrimas, risas, miedo y alegría se ha sembrado una semilla en favor de la participación de las mujeres en la fiesta.

Con este paseo interactivo que tienes entre manos queremos dar a conocer la historia de la Compañía Jaizkibel, así como la lucha en pro del alarde igualitario y otros hechos históricos, con el fin de que el camino recorrido no se pierda en el olvido.

En el paseo Sembrando la memoria recogemos los conocimientos de las historiadoras hondarribitarras María José Noain Maura e Ilargi Bengoetxea Gartzia, acompañados por crudas fotografías que ilustran la historia de la compañía Jaizkibel, así como con ilustraciones realizadas por la ilustradora Eider Eibar para la ocasión. Con todo ello, Parean Elkartea ha elaborado este mapa interactivo repleto de audios, fotografías, ilustraciones y documentos PDF.

Cada episodio aparece además, unido a un punto del Casco Histórico, reforzando lo sucedido y creando un hermoso paseo a pie. Con este mapa queremos recoger la historia de la compañía Jaizkibel, símbolo en la lucha por los derechos de las mujeres, con el objetivo de sembrar la memoria para que florezca un futuro prometedor en favor de los derechos de las mujeres.

**Proyecto de Jaizkibel Compañía**

**Textos. Ilargi Bengoetxea Gartzia y María José Noain Maura**

**Ilustraciones. Eidei Eibar Zugazabeitia**

**Fotografías. Jaizkibel Konpainia**

**Edición de audios. Antxeta Irratia y Parean Elkartea**

**Coordinación y traducción. Parean Elkartea**

**Ayuda Técnica. UP Komunikazioa**

**Corrección de textos: Ane Garcia Lopez**

# PLAZA DE ARMAS

Desde que se fundó en 1203, la villa de Hondarribia fue un enclave codiciado por los reinos medievales y las grandes monarquías europeas, dada su situación privilegiada en la desembocadura del río Bidasoa. Más si cabe, tras la pérdida de la independencia del Reino de Navarra, en 1522. La colina natural sobre la que se alza el casco histórico era un lugar excelente para controlar el territorio y, además, contaba con la defensa natural del agua que la rodeaba casi en su totalidad.

Cuando la muralla medieval quedó obsoleta, fue sustituida por la fortificación renacentista, con sus característicos baluartes en forma de punta de diamante y sus puertas de acceso, entre las que destacaban la de Santa María y la de San Nicolás. Así, cuando el ejército francés llegó a este lugar en el año 1638, lo primero que vio fue la villa amurallada, con la característica silueta de la iglesia y del castillo.

Veinte años atrás, en 1618, se había iniciado la Guerra de los Treinta Años, uno de los más cruentos conflictos de la historia moderna europea. Había comenzado en Centroeuropa a partir del enfrentamiento religioso entre católicos y protestantes, pero pronto se convirtió en una lucha política a la que se fueron incorporando las principales potencias europeas, como fue el caso de Francia en 1635. A partir de este momento, el Reino de Francia y la Monarquía Hispánica comenzaron su particular batalla, y Hondarribia se situó en el punto de mira.

Por aquel entonces, el casco histórico de Hondarribia no difería mucho de lo que vemos hoy en día. El castillo, de origen navarro, tenía ya el aspecto con el que lo conocemos en la actualidad, a partir de la remodelación impulsada por Carlos V en la primera mitad del s. XVI. Las altas murallas y sus baluartes se alzaban desde tiempos de Felipe II, protegiendo una trama urbana similar a la actual, en la que la calle Mayor y la calle San Nicolás eran los ejes principales. La iglesia, de estilo gótico, incorporaba funciones defensivas en la zona del ábside, y tenía el mismo aspecto monumental, pero sin el campanario que todavía no se había erigido. La ciudad contaba con una importante actividad artesanal y un próspero comercio, gracias a la importancia de su puerto. Nada presagiaba el desastre que estaba a punto de comenzar, aunque lo cierto es que no iba a ser la primera vez que un ejército sitiara la ciudad, ni tampoco la última.

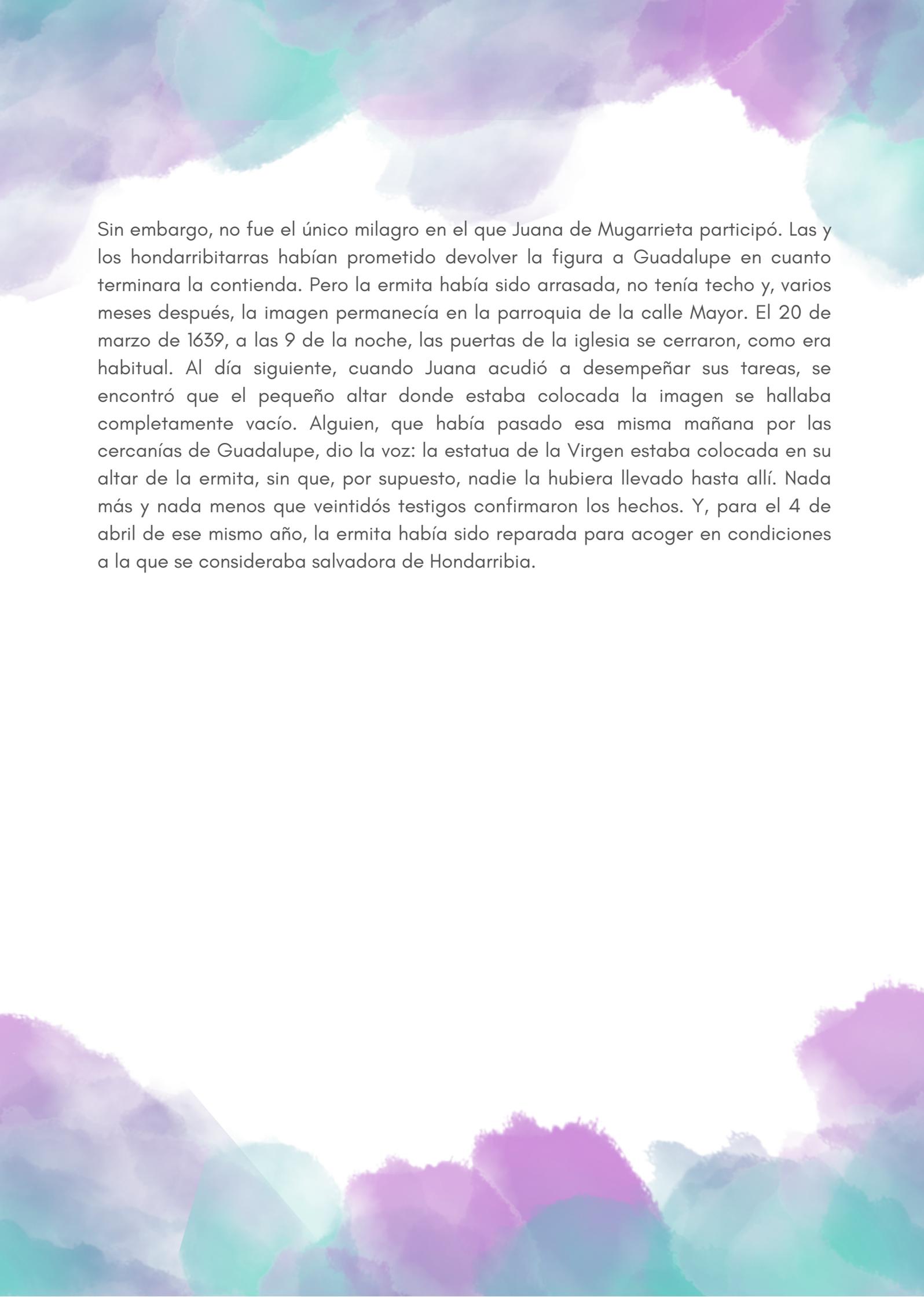


# PORTAL DE LA CALLE MAYOR

Cuenta un documento del Archivo de Hondarribia que la primera persona que avistó las tropas francesas, llegando desde el otro lado del Bidasoa, fue Juana de Mugarrieta. Juana era serora de la ermita de Guadalupe, un puesto ocupado habitualmente por mujeres solteras o viudas que se encargaban del cuidado y mantenimiento de las iglesias. Precisamente desde Guadalupe escuchó el ruido de tambores que la alertó y, asomándose a la ventana de su casa, preguntó por la procedencia del sonido a Salvadora de Zabaleta, también serora, que en aquel momento se encontraba en la huerta. Avistaron al ejército francés que se acercaba a la localidad enarbolando banderas blancas.

Conscientes de la gravedad de la situación, decidieron poner a salvo lo que para ellas era máspreciado: la imagen de la Virgen de Guadalupe que se encontraba en el interior de la ermita. Cogiendo la escultura en brazos y envolviéndola en una manta, la bajaron hasta la iglesia parroquial, con la ayuda de Catalina de Lavandibar, que se incorporó a la tarea. Allí las recibieron el alcalde, el síndico de la ciudad y el vicario, que salvaguardó la imagen colocándola en un pequeño altar, en el lado del Evangelio, junto al altar mayor.

Durante el tiempo que la villa permaneció sitiada por el ejército francés, sus habitantes acudieron ante la efigie para implorar la protección divina. Por aquel entonces, parecía que la fe podía mover montañas y, de hecho, cuando más de dos meses después el ejército francés se retiró, atribuyeron la victoria a la intervención de la Virgen.



Sin embargo, no fue el único milagro en el que Juana de Mugarrieta participó. Las y los hondarribitarras habían prometido devolver la figura a Guadalupe en cuanto terminara la contienda. Pero la ermita había sido arrasada, no tenía techo y, varios meses después, la imagen permanecía en la parroquia de la calle Mayor. El 20 de marzo de 1639, a las 9 de la noche, las puertas de la iglesia se cerraron, como era habitual. Al día siguiente, cuando Juana acudió a desempeñar sus tareas, se encontró que el pequeño altar donde estaba colocada la imagen se hallaba completamente vacío. Alguien, que había pasado esa misma mañana por las cercanías de Guadalupe, dio la voz: la estatua de la Virgen estaba colocada en su altar de la ermita, sin que, por supuesto, nadie la hubiera llevado hasta allí. Nada más y nada menos que veintidós testigos confirmaron los hechos. Y, para el 4 de abril de ese mismo año, la ermita había sido reparada para acoger en condiciones a la que se consideraba salvadora de Hondarribia.

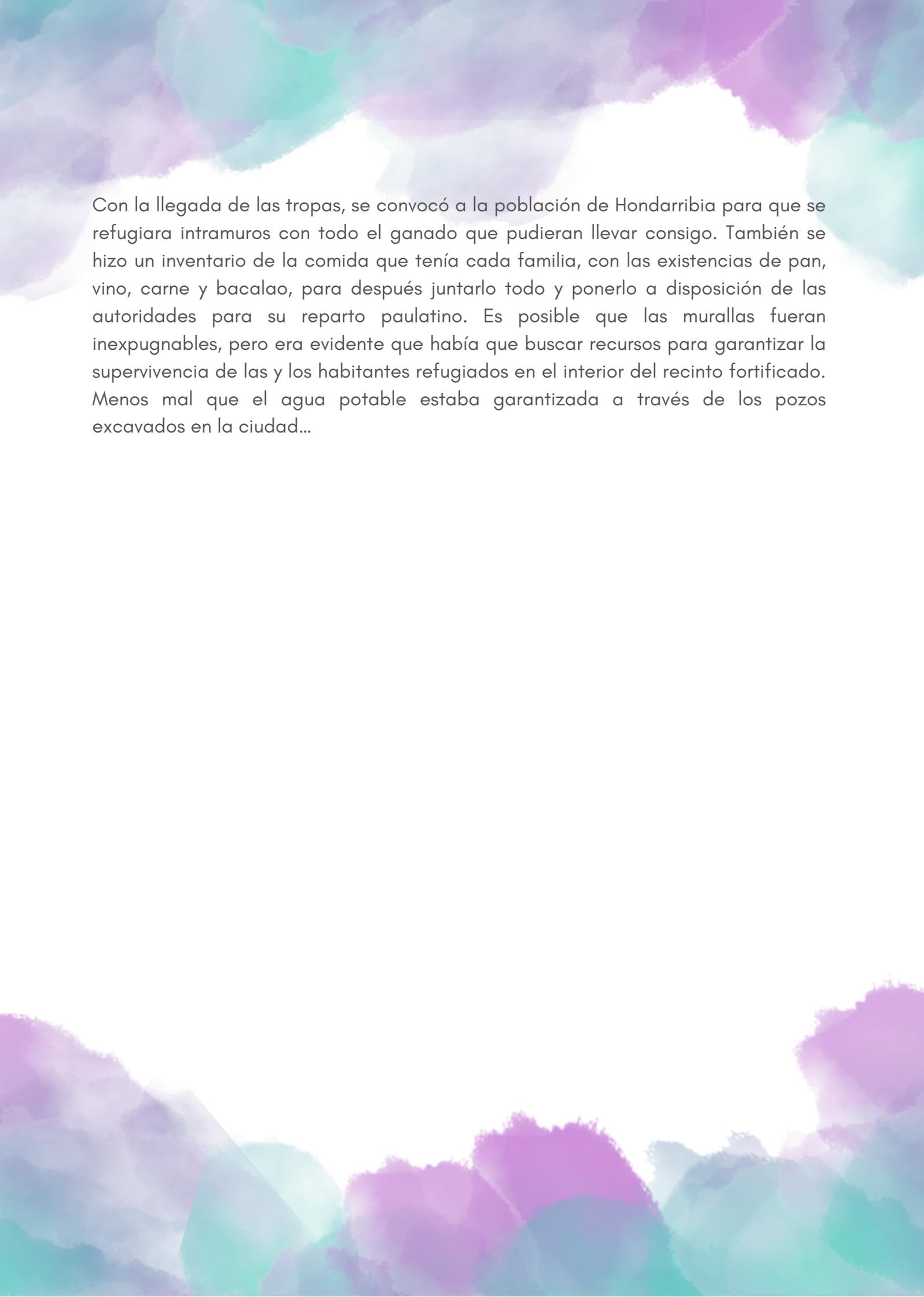


# AYUNTAMIENTO

El 1 de julio de 1638, las tropas francesas, al mando del príncipe de Condé, cruzaron el Bidasoa y sitiaron el recinto fortificado de Hondarribia. A su paso, habían conquistado las poblaciones de Pasaia, Errenteria, Oiartzun e Irun. Frente a los 20.000 soldados franceses, apostados en las inmediaciones de la villa, había unos 1.100 defensores, a las órdenes de Domingo de Eguía, militar encargado de la defensa de Hondarribia. El capitán de la ciudad y, al mismo tiempo alcalde, era Diego de Butrón. La diferencia cuantitativa de las tropas era evidente y cualquier persona con la capacidad de empuñar un arma era válida para defender la villa. Por si la presencia de los soldados en las inmediaciones no fuera suficiente, arribó a la desembocadura del Bidasoa una poderosa flota al mando del arzobispo de Burdeos.

El ejército francés construyó emplazamientos militares en varios puntos estratégicos para cañonear la ciudad, como fue el caso del puente de Amute, Guadalupe o el castillo de San Telmo, que tomaron al inicio de la contienda. La ciudad quedaba rodeada por distintos destacamentos que comenzaron el asedio. Según narran las crónicas, en los tres meses que duró el sitio, la ciudad recibió 16.000 impactos de armas de fuego y cañones. La población quedaba sometida a un ataque que era consecuencia de las ambiciones de las monarquías que participaban en la contienda: Felipe IV de Habsburgo en el trono español y Luis XIII, de la dinastía Borbón, en el trono francés. En realidad, ambos monarcas habían delegado el gobierno en sus dos validos, el Conde Duque de Olivares y el famoso cardenal Richelieu, respectivamente.

Poco importaba que los monarcas fueran cuñados: Felipe IV se había casado en 1615 con Isabel de Francia, hermana de Luis XIII, mientras que éste se había desposado ese mismo año con Ana de Austria, hermana del monarca español. Las dos futuras reinas habían cruzado el Bidasoa para viajar a su nuevo hogar, en un acontecimiento histórico que pasó a conocerse como “el intercambio de princesas” y que Pedro Pablo Rubens había inmortalizado en un grandioso cuadro que se encuentra en el Museo del Louvre.



Con la llegada de las tropas, se convocó a la población de Hondarribia para que se refugiara intramuros con todo el ganado que pudieran llevar consigo. También se hizo un inventario de la comida que tenía cada familia, con las existencias de pan, vino, carne y bacalao, para después juntarlo todo y ponerlo a disposición de las autoridades para su reparto paulatino. Es posible que las murallas fueran inexpugnables, pero era evidente que había que buscar recursos para garantizar la supervivencia de las y los habitantes refugiados en el interior del recinto fortificado. Menos mal que el agua potable estaba garantizada a través de los pozos excavados en la ciudad...



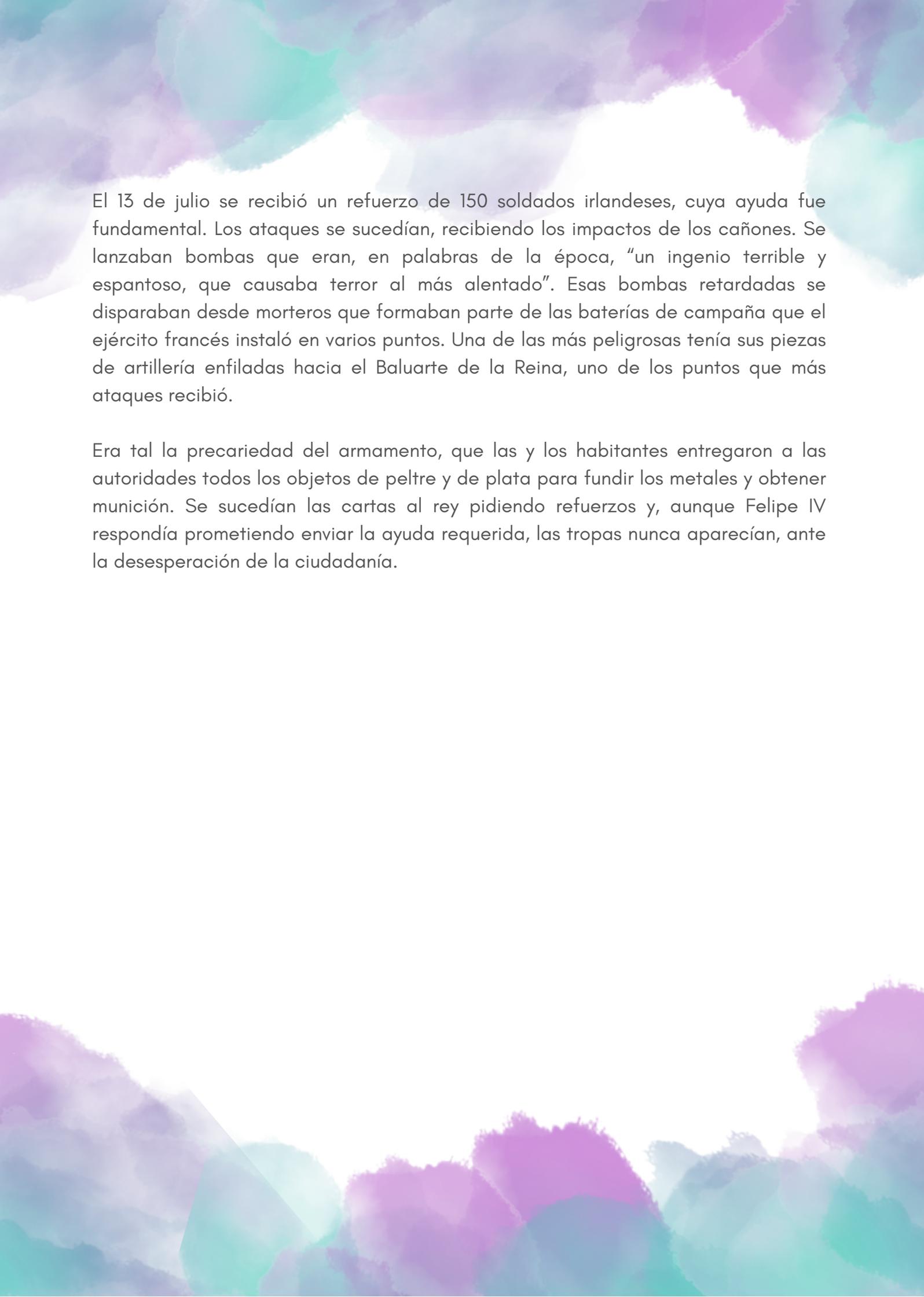
# GERNIKAKO ARBOLA

## Avatares del sitio y de Jaizkibel.

El sitio de Hondarribia duró 69 días. Durante todo el verano, el ejército francés intentó incansablemente abrir una brecha en las murallas que le permitiera acceder al interior del recinto fortificado. La situación para las y los habitantes de la ciudad tuvo que ser terrible, siempre en tensión y en permanente estado de alerta, a la espera de que los cañones volvieran a disparar o las tropas francesas se abalanzaran hacia las murallas.

Existen crónicas históricas pormenorizadas de cómo se desarrollaron los acontecimientos: es el caso de los relatos de Malvezzi, Palafox o Moret. Algunos textos documentales incorporan, incluso, un listado de las personas que participaron en la defensa de la villa: entre los más de 200 nombres consignados, no aparece el de una sola mujer. Sin embargo, se deja claramente constancia de la implicación de las mujeres en la defensa de su ciudad.

También hay textos denominados "relaciones" que, a modo de diario, van relatando pormenorizadamente el desarrollo de los acontecimientos. Gracias a ellos, conocemos cómo se desarrollaron los hechos. El 3 de julio, salieron cien mujeres vestidas de hombre, algunas portando una pica, otras llevando un arcabuz, para pedir a las autoridades que les asignaran un puesto de defensa, que no abandonarían hasta la muerte. Ese mismo día, se hizo un terraplén en la puerta de Santa María, para reforzar su defensa. En esa obra trabajaron las mujeres, sin límite de edad, interviniendo en la fabricación de una fajina, término militar que se refiere a una serie de haces de ramas delgadas con el que se hacían cestos que luego se rellenaban de tierra y reforzaban las defensas. También hay constancia de su dedicación a la labor de mantenimiento de los terraplenes con la madera de las casas derruidas, tarea que realizaban de día y de noche, poniendo su vida en peligro. De todo esto dejaba constancia la carta que el 6 de julio el gobernador enviaba pidiendo ayuda al rey Felipe IV y al Conde Duque de Olivares. En dicha misiva, además de quejarse de la precaria situación de la defensa y de la mala calidad de los víveres recibidos, destacaba la aportación de las mujeres que trabajan a todas horas.



El 13 de julio se recibió un refuerzo de 150 soldados irlandeses, cuya ayuda fue fundamental. Los ataques se sucedían, recibiendo los impactos de los cañones. Se lanzaban bombas que eran, en palabras de la época, “un ingenio terrible y espantoso, que causaba terror al más alentado”. Esas bombas retardadas se disparaban desde morteros que formaban parte de las baterías de campaña que el ejército francés instaló en varios puntos. Una de las más peligrosas tenía sus piezas de artillería enfiladas hacia el Baluarte de la Reina, uno de los puntos que más ataques recibió.

Era tal la precariedad del armamento, que las y los habitantes entregaron a las autoridades todos los objetos de peltre y de plata para fundir los metales y obtener munición. Se sucedían las cartas al rey pidiendo refuerzos y, aunque Felipe IV respondía prometiendo enviar la ayuda requerida, las tropas nunca aparecían, ante la desesperación de la ciudadanía.



# BRECHA

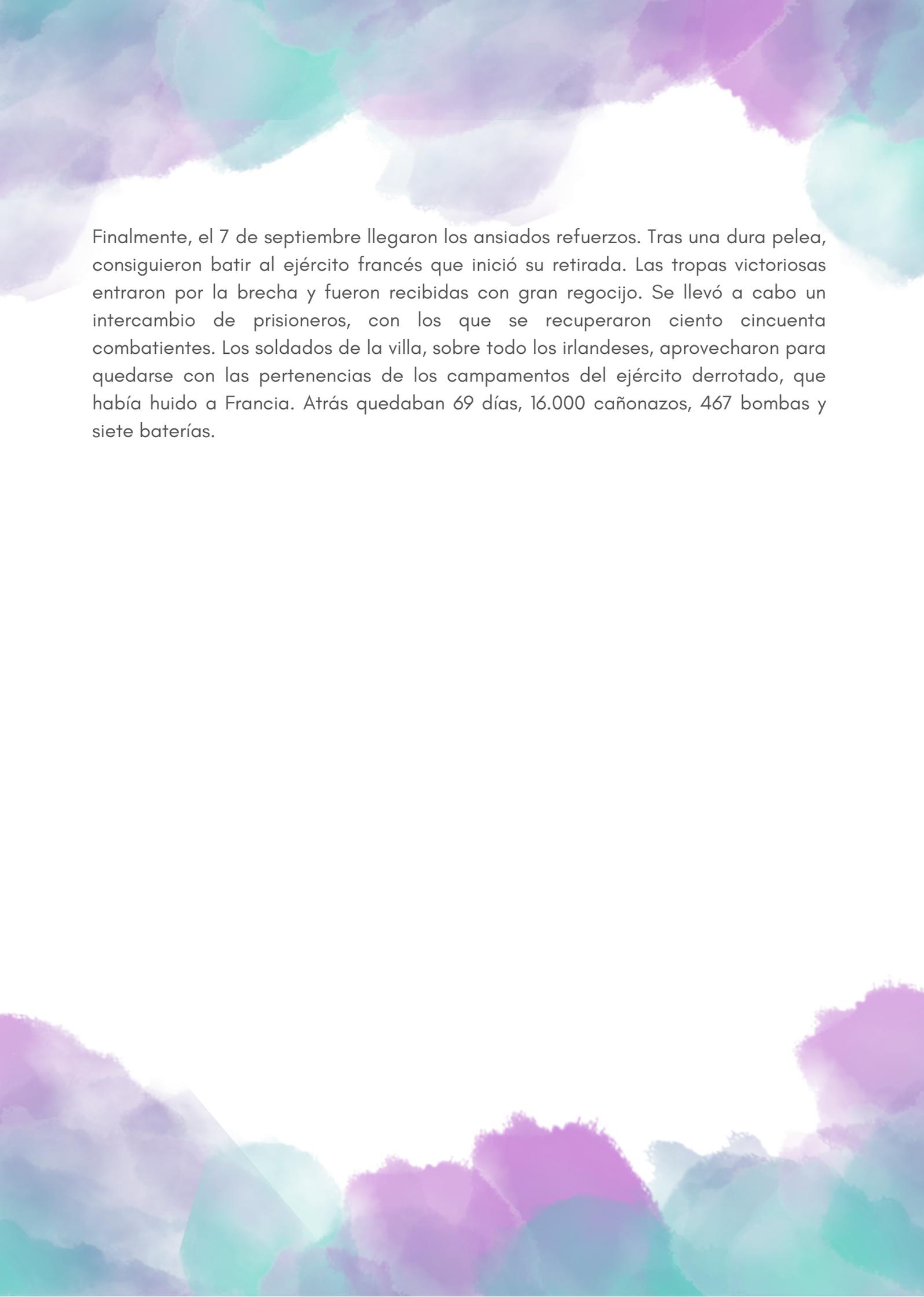
## Final del sitio y Jaizkibel en la calle Mayor

Entre las múltiples estrategias que se llevaron a cabo para franquear la impenetrable muralla, las minas fueron una de las más comunes. Los soldados franceses se aproximaban, haciendo trincheras al aire libre, y, una vez cerca de la muralla, excavaban túneles —las llamadas minas—, con los que intentaban alcanzar los cimientos de la construcción para hacerla volar por los aires con grandes cantidades de pólvora. Era un trabajo a cargo de los zapadores, también conocidos como hacheros. También era común que las tropas defensivas realizaran las llamadas contraminas, para interceptar los túneles enemigos e impedir su función.

Uno de los lugares que sufrió ese tipo de ataques fue el espacio entre la iglesia y el castillo, donde el ejército enemigo consiguió realizar una brecha, cuya memoria ha permanecido en el nombre del lugar. A pesar de ello, no consiguieron llegar al interior del recinto fortificado.

Cuando los soldados franceses trabajaban de noche intentando quebrar las defensas, dentro de la villa se ideó el siguiente sistema: se arrojaban antorchas al foso que, durante una media hora, alumbraban las inmediaciones. Así podían vigilarse las acciones de los franceses, quedando en su punto de mira para dispararles. También les lanzaban piedras, bombas y agua caliente, oyendo sus quejidos desde el interior.

El 31 de agosto se avistó la llegada de refuerzos desde Irún y Mendelu, pero estos no pudieron acercarse hasta la ciudad por la tromba de agua que cayó, hasta el punto de que parecía que se hundía el mundo. Afortunadamente, sirvió para llenar los pozos de agua tan necesarios para la supervivencia. Tan solo dos días después, todavía lloviendo sin cesar, las y los habitantes, desesperados, optaron por apelar a la intervención divina, realizando procesiones para pedir ayuda a la Virgen. El 3 de septiembre, el Príncipe de Condé, viendo la precaria situación de Hondarribia, mandó una misiva solicitando su rendición. Su propuesta fue rechazada.



Finalmente, el 7 de septiembre llegaron los ansiados refuerzos. Tras una dura pelea, consiguieron batir al ejército francés que inició su retirada. Las tropas victoriosas entraron por la brecha y fueron recibidas con gran regocijo. Se llevó a cabo un intercambio de prisioneros, con los que se recuperaron ciento cincuenta combatientes. Los soldados de la villa, sobre todo los irlandeses, aprovecharon para quedarse con las pertenencias de los campamentos del ejército derrotado, que había huido a Francia. Atrás quedaban 69 días, 16.000 cañonazos, 467 bombas y siete baterías.



# CAMPANARIO

Ese mismo año de 1638, los representantes de ambos ejércitos se reunieron en el Palacio de Casadevante, situado en la calle Mayor, y firmaron una tregua entre los dos países. Fue una paz temporal, ya que tuvieron que pasar diez años más para que la Guerra de los Treinta Años finalizara con la firma del Tratado de Westfalia. Ni siquiera ese último acuerdo puso fin a las tensiones entre el Reino de Francia y la Monarquía Hispánica, que prolongaron su guerra personal hasta el año 1659. El final de la Guerra de los Treinta Años marcaría el declive de la casa de los Habsburgo en favor del poder borbónico francés.

Es célebre la frase que el Almirante de Castilla transmitió por carta a su mujer y que sirve para ilustrar el final del sitio: "Amiga: como no sabes de guerra, te diré que el campo enemigo se dividió en cuatro partes: una huyó, otra matamos, otra prendimos, y la otra se ahogó. Quédate con Dios, que yo me voy a cenar a Fuenterrabía".

La victoria contra los franceses del 7 de septiembre, que se produjo gracias a la llegada de las tropas de refuerzo, fue atribuida a la Virgen de Guadalupe. Tal y como se había prometido al inicio de la contienda en caso de salir vencedores, hicieron un voto, firmado por todas las autoridades civiles y eclesiásticas, con el que se comprometían en acudir en procesión hasta la ermita de Guadalupe cada 8 de septiembre. Era al mismo tiempo una revista de armas, práctica común desde la Edad Media en la que los habitantes de un lugar revisaban su armamento y acompañaban el acto sacro. De esta manera, la celebración anual se convertía en un acto de carácter militar y religioso al mismo tiempo. Tal y como señalaba el documento, se trataba "de una fiesta y regocijo sin limitación alguna".



# CALLE TIENDAS

En 1659, representantes de la monarquía hispánica y de la monarquía francesa se reunieron en la Isla de los Faisanes. Las negociaciones, que se prolongaron durante todo el verano, tuvieron como objetivo la firma de un definitivo acuerdo de paz, que fue bautizado como el Tratado de los Pirineos. Su nombre se debía a que la cordillera se establecía como frontera entre ambos países. Atrás quedaba el sitio de Hondarribia del año 38, pero la famosa paz tenía que ver con todo lo sucedido décadas atrás.

Un año más tarde, en 1660, el tratado se ratificó con el matrimonio entre María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, y el rey francés Luis XIV. El llamado Rey Sol había nacido precisamente en el año del Sitio de Hondarribia, sucediendo en el trono a su padre Luis XIII. Un matrimonio de peso político era imprescindible para el joven monarca y qué mejor que casarse con la hija de su antiguo enemigo y, así, sellar la paz a través de la alianza de las familias.

La boda se celebró por poderes en la parroquia de Hondarribia; es decir, el rey francés denegó su presencia y fue sustituido en la ceremonia por la figura de Luis Méndez de Haro. La infanta y todo el séquito real se alojaron en el castillo de Carlos V. El pintor Diego Velázquez, aposentador mayor de la corte, fue el responsable de la organización del protocolo. Un par de días después del acontecimiento, María Teresa acudió a la Isla de los Faisanes junto a su padre el rey, , y, allí, su ya marido la espío entre arbustos para comprobar si era de su gusto. Felipe IV se reencontraba con su hermana Ana de Austria, la reina viuda, a la que no veía desde mucho tiempo atrás. Finalmente, seis días después de la boda, Luis XIV y María Teresa de Austria se conocieron oficialmente, cuando ella cruzó el Bidasoa para volver a celebrar la ceremonia en la Iglesia de San Juan de Luz.

Hondarribia y el Bidasoa volvían a ser testigos de un matrimonio real. La madre de María Teresa había sido intercambiada en el Bidasoa una generación atrás. La historia se repetía y una mujer volvía a ser utilizada como herramienta de pactos políticos.

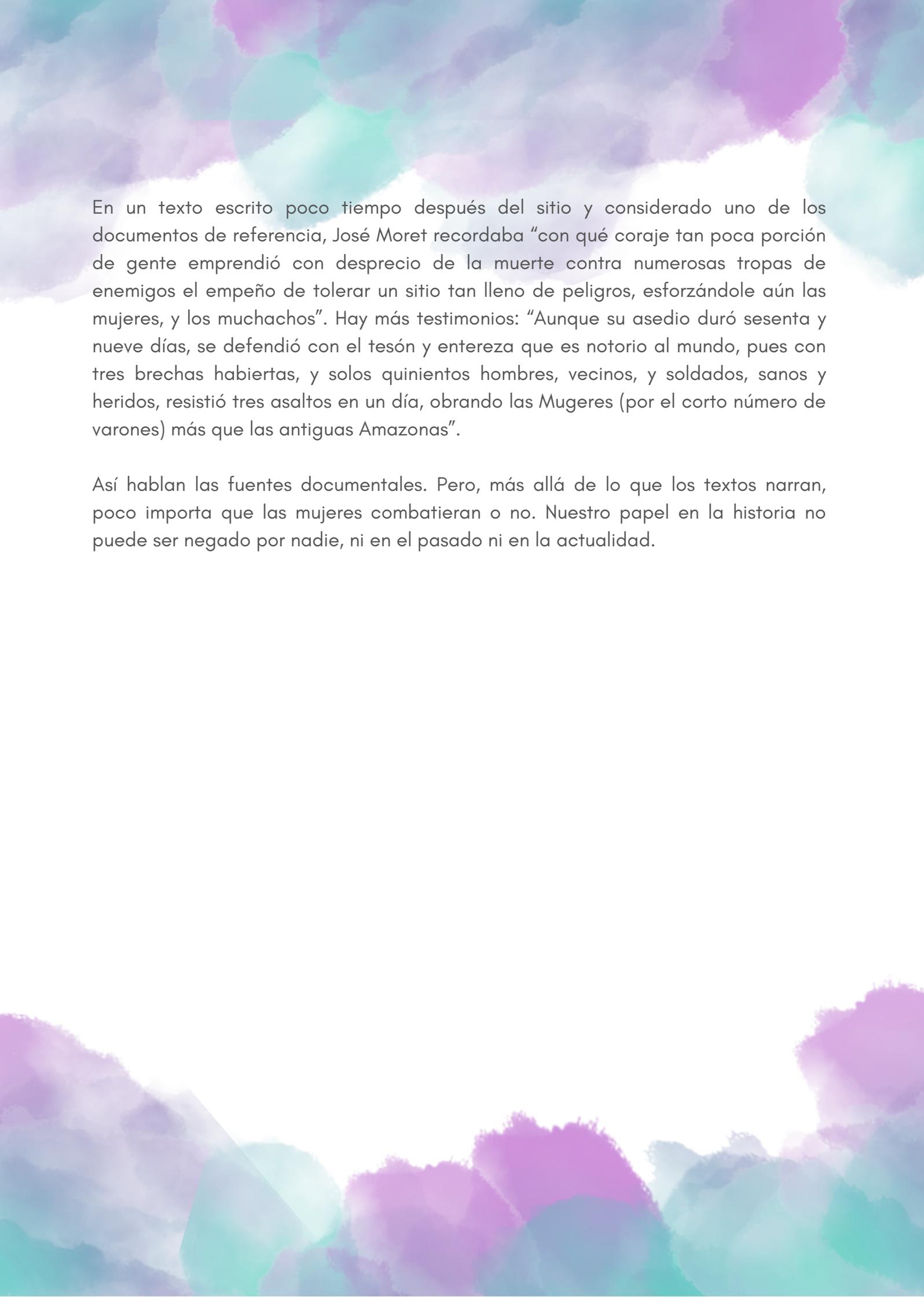


# GIPUZKOA PLAZA

A lo largo de los siglos, las mujeres hemos sido relegadas de las páginas de los libros de historia. Solo unas pocas biografías han sobrevivido: las de nobles, princesas y reinas en la mayoría de las ocasiones, a las que o se les adjudicaba un papel pasivo o se las cubría de connotaciones peyorativas, en el caso de que hubieran ocupado cargos de poder. Sin embargo, examinando la documentación de la Edad Moderna, aparecen entre líneas infinidad de mujeres que fueron importantes empresarias o que consiguieron hacerse un hueco en la sociedad de su época. Y, por supuesto, muchas más fueron las que tomaron parte en todo tipo de actividades económicas, culturales o bélicas, a pesar de que la historia se haya empeñado en decirnos lo contrario.

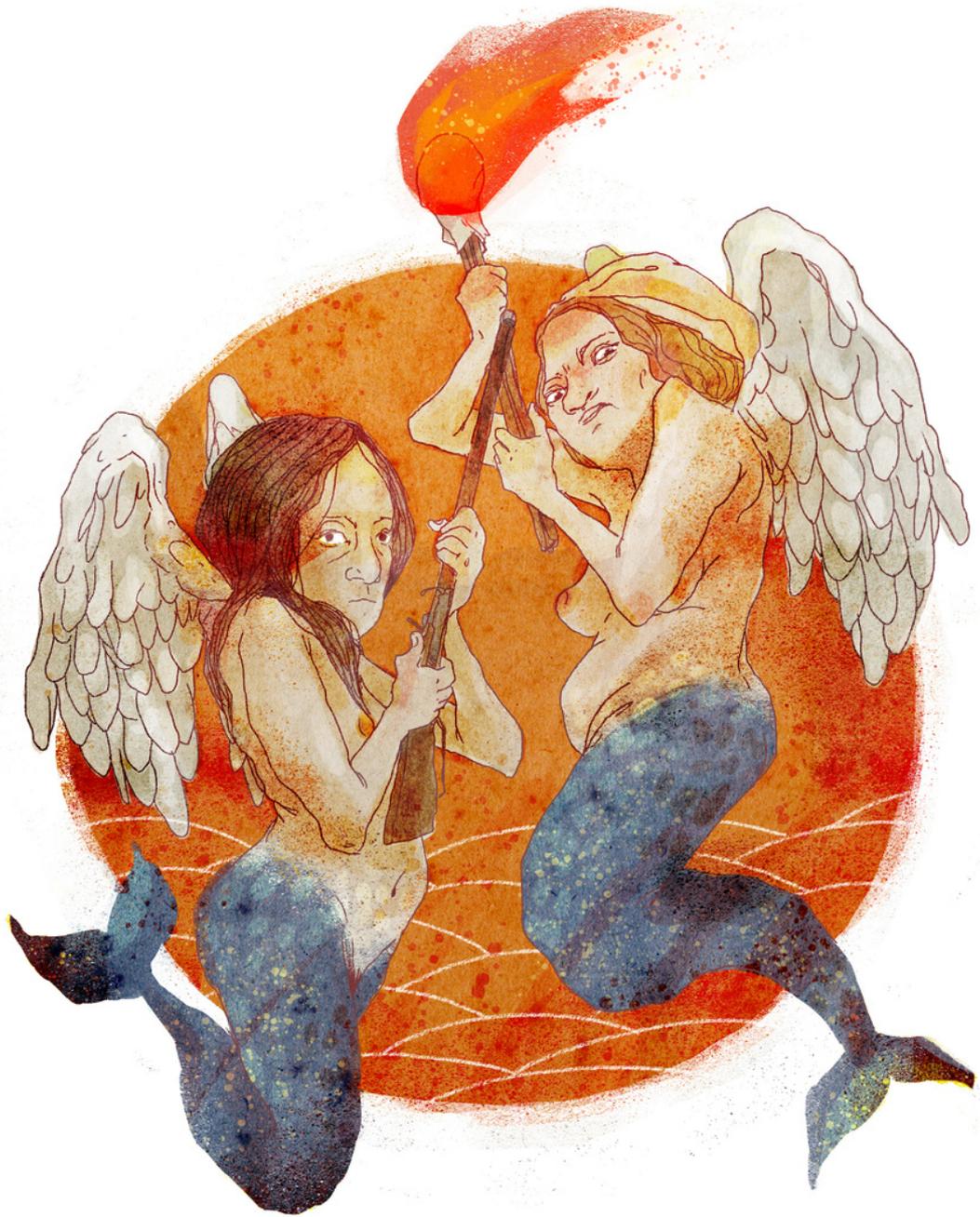
Las mujeres del s. XVII no podían acceder al ejército, a no ser que lo hicieran pasándose por hombres, como fue el caso de Catalina de Erauso. Pero luchaban como los más valerosos varones en caso de necesidad. El sitio de Hondarribia de 1638 es buena muestra de ello.

En la crónica titulada "Relación diaria de la memorable y feliz victoria, de la muy noble y muy leal Ciudad de Fuenterrabía", los testimonios son clarividentes. Comparan a las mujeres de Hondarribia con las Amazonas, aquella tribu legendaria que, según la mitología griega, estaba compuesta exclusivamente por mujeres guerreras, famosas por su valentía en combate. Según el autor, de nombre desconocido, los soldados de las distintas nacionalidades quedaron admirados de la entrega con la que las mujeres trabajaban en la brecha, ya fuera con balas, pólvora o con picas. No se retiraban ni ante la petición del gobernador, argumentando que, si habían sido compañeras de los hombres en acciones pasadas, también lo serían durante el sitio, incluso aunque con ello encontrarán la muerte. También se encargaban de retirar a los muertos para enterrarlos y a los heridos para curarlos, dejando atónitos por su valor a aquellos que no las conocían.



En un texto escrito poco tiempo después del sitio y considerado uno de los documentos de referencia, José Moret recordaba “con qué coraje tan poca porción de gente emprendió con desprecio de la muerte contra numerosas tropas de enemigos el empeño de tolerar un sitio tan lleno de peligros, esforzándole aún las mujeres, y los muchachos”. Hay más testimonios: “Aunque su asedio duró sesenta y nueve días, se defendió con el tesón y entereza que es notorio al mundo, pues con tres brechas habiertas, y solos quinientos hombres, vecinos, y soldados, sanos y heridos, resistió tres asaltos en un día, obrando las Mujeres (por el corto número de varones) más que las antiguas Amazonas”.

Así hablan las fuentes documentales. Pero, más allá de lo que los textos narran, poco importa que las mujeres combatieran o no. Nuestro papel en la historia no puede ser negado por nadie, ni en el pasado ni en la actualidad.



# BIBLIOGRAFÍA

- PORTU, Florentino: Santuario de Guadalupe.
- SÁEZ GARCÍA, Juan Antonio (2020): Diario del sitio. Hondarribia 1638. Arma Plaza Fundazioa.